

establece una relación luminosa entre Gaitán Durán y Alvarado Tenorio, la atracción por China<sup>7</sup>, los griegos antiguos, el viaje entendido como regreso. Al referirse a esa suma poética reunida en *Espejo de máscaras* señala que el poeta "en acto solitario", en duelo con su ángel o demonio, libra una guerra "desarmada" y "desalmada" contra la paz fundada en la injusticia. Exclama: "Su lucha es cósmica, sobrepasa los acotamientos propios de los estados, las barreras de la lengua". Buena observación. La poesía de Alvarado Tenorio no es regional ni nacional, sino internacional, abierta a la cultura universal, despojada de cualquier colombianismo limitador. Su poema "La patria" expresa su aceptación de ser sólo individuo en el mundo. Detrás de la diatriba, la osadía verbal, el desplante, la inmediatez, se oculta la nostalgia de la infancia, la tenaz melancolía, el lúcido desencanto de saber demasiado, la reciedumbre de saberse solo con su carga de delicadeza, recuerdos, distancia y finura de alma. La experiencia y el trato con la poesía china aviva esa cualidad:

Esta mañana,  
una pluma ha llegado  
hasta el libro que leía.  
¿Qué significa esta pluma?  
¿Este temporal de suavidad?  
¿Este pensar en el futuro?  
¿Estas dos ciudades,  
estos dos espacios?

En cuanto al poder de la memoria para lograr la reencarnación en el poder del verbo, en cuanto al hechizo de la melancolía, pocas veces he leído algo tan hermoso, tan musical de adentro, tan evocador como el poema "Llama", bolero y lied:

Ahora ella tenía veinticuatro años,  
hablaba una lengua que ignoraba el bolero;  
era color de nieve y una inmensa espiga  
coronaba su cabeza.  
No se repite la historia, repitió.  
Supo, no obstante, que la vida  
está hecha de gestos.  
Esa mañana, un aire, que venía del tiempo,  
había mecido aquella cabellera  
deteniéndolo todo.

Caracas, marzo de 1994.

## Darío Jaramillo Agudelo, *Cartas cruzadas*

Bogotá: Alfaguara, 1995, 582 pp.

Carmenza Kline Ph.D.  
James Madison University;  
Associate Professor  
Director Int. Program in Spain

La lectura de la novela *Cartas cruzadas* depara al lector una aventura excepcional: la travesía por los caminos de una sociedad compleja, la colombiana, el recuento de los cambios sociales y éticos ocasionados por los fenómenos del poder y por los deseos de riqueza durante los últimos años. Pero al mismo tiempo encontramos en la novela que, a medida que penetramos dentro de esta realidad, la escritura de Darío Jaramillo constituye una gran pasión por el lenguaje, por la creación literaria en la que se recrea con la frescura que sólo puede ofrecer un buen escritor como él.

*Cartas cruzadas* es un epistolario en el que hay una continua interlocución entre los personajes, cada uno trata de sincerarse con el otro a través de cartas que van y vienen desde el 5 de octubre de 1971 hasta el 30 de noviembre de 1983; doce años de correspondencia en los cuales se comunican todo lo que pasa en sus vidas, desde los hechos más triviales hasta las preocupaciones más íntimas que cada uno siente; éstas se refieren no sólo a la concepción de la vida sino también a la del lenguaje y la literatura. Durante toda la obra encontramos reflexiones literarias que van y vienen, la belleza de la poesía, el acercamiento a ella, las dificultades frente a la escritura pero especialmente el amor y la pasión que hacia ella se debe sentir ("La poesía no es una profesión, pero sí es una obsesión", pág. 160). Como gran poeta que es, Darío ofrece un homenaje a Rubén Darío, al mismo tiempo que, como excelente escritor colombiano, no puede dejar de ofrecer tanto su reconocimiento como su admiración por la prosa de nuestro premio Nóbel, Gabriel García Márquez.

En este gran epistolario encontramos las cartas de Luis a Esteban, de Esteban a Luis, de Raquel a María, de María a Raquel, de Raquel a Juana, de Juana a Raquel, de Raquel a Claudia, de Claudia a Raquel; y como si esta descarga de los personajes no fuera suficiente, el

7 Como Jorge Gaitán Durán, Alvarado Tenorio vivió en China y ha publicado un volumen de *Poemas chinos de amor*, Beijing, 1991.

escritor nos enfrenta con el diario de Esteban, donde se registran sus más íntimas verdades, especialmente aquellas que se refieren a sus deseos de ser escritor sin llegar a serlo porque siempre se enfrenta a sus propias teorías y a la imposibilidad de desarrollarlas:

La prosa se escribe sentado. Esto lo sé y mi disculpa para no escribir es que no tengo tiempo y que solo puedo instalarme aquí en mi mesa, en mi casa durante el domingo. También este diario sigue intermitente, cuando no abandonado por meses y meses.

Para cuando llegue, en una semana, le prometo a Luis que le voy a mostrar un libro entero del que apenas tengo el título —*El azar de no ser*— y tres poemas. Tres poemas que me sé de memoria, pero que ni siquiera he puesto sobre el papel. No hay tal libro y todo el tiempo le he mentado y me he mentado sobre el tema. No, *El azar de no ser* no existe, lo cual es una paradoja metafísica que hoy, en este estado de ánimo, me niego a ahondar. (pág. 21).

La estructura de la novela permite que se entretrejan toda clase de temas: aquellos cambios ocasionados en los años sesenta, la música, el cine, la ideología política, la marihuana, el amor desde un punto de vista más físico y más sincero sin forzar las circunstancias ni tener que aparentar una moral no existente. Como bien me lo ha comunicado el escritor, en reciente entrevista, debido al destape sexual de las parejas durante los años sesenta, hubo mayor honestidad al tratar los temas sexuales sin tapujos ni hipocresías; de allí vienen las teorías que los personajes tienen en relación con el adulterio, la seducción, el fracaso matrimonial y hasta el tema del lesbianismo, que es tratado con el respeto y la seriedad que se merece.

Claudia, hermana de Raquel, abandona la sociedad cerrada de Medellín; la incompreensión de la familia, las críticas de su hermana María, "tan amable pero tan cuadrículada" (pág. 198), y la vergüenza que el padre siente por las preferencias sexuales de Claudia hacen que ella se marche a New York, donde puede vivir libremente con su amor, Juana, y donde las dos pueden educar a Boris, hijo de Claudia. Educarlo en forma más amplia y con las responsabilidades de una sociedad en la que cada uno tiene que responder por sí mismo. Es por eso que Esteban tiene que presenciar, según él, el único sermón que le ha oído a Claudia (cuando madre e hijo se encuentran en Medellín y ella le recuerda al pequeño las obligaciones de la sociedad en la que vivirán: "Allá uno mismo tiene que limpiar, nadie va detrás cogiendo lo que dejas tirado, tienes que acompañarme a la lavandería con tu ropa y vas a quedarte solo a veces. Allá no es fácil la vida, pero es distinta", pág. 197). Una

vida distinta que ayudará a Claudia a desarrollarse como ser humano, a ser mejor persona al mismo tiempo que a conocer la responsabilidad que tiene de buscar lo mejor para su hijo y a comprender las diferentes situaciones de su hermana Raquel, "Mi Raquelita: María me contó que estas enamorada y viviendo con tu Luis (¿se llama Luis?). Estoy contigo en lo que necesites" (pág. 60).

Quizás uno de los aportes mejor logrados de la novela es la descripción de Luis y Raquel cuando hacen el amor, escenas de ternura y entrega completa que se convierten en poesía sin ninguna clase de puritanismo. Una atracción física capaz de superar todas las incomodidades que trae la pobreza de la pareja, como dormir encima de un closet: "el amor puede con todo". Cuando Luis le escribe a Esteban, su mejor amigo, así comunica sus sentimientos de felicidad:

Mi amigo: estoy enamorado, hermano. Perdida, locamente enamorado. La conocí antier, desde antier estamos encerrados aquí y, mientras en Bogotá llueve, nosotros no hemos sentido ni el día ni la noche. Es divina. Ahora está en la ducha porque tiene que volar a una clase, pero ya la verás cuando salga, ojalá desnuda para que observes esa porcelana, esta pequeña bailarina delgadita y frágil, sonriente y siempre fresca, como una flor mañanera. Es hermosísima. Estudia periodismo y está enamorada de mí. Nos amamos (pág. 9).

Luis no puede negar su felicidad y no le importa compartir con Esteban, en las cartas que le escribe, sus momentos íntimos con Raquel; lo que se dicen estos dos enamorados, el contacto de los cuerpos, la frescura de la piel de Raquel que lleva a que Luis la llame "porcelana". "Es parte de nuestro lenguaje privado", dice Luis, personaje central de la novela y a quien en estas confesiones sinceras del amor no le importa compartir con el lector sus secretos más íntimos:

Pues has de saber que a mis veinticinco años nunca había hecho el amor estando enamorado. Y es algo distinto, nuevo, que tiene una intensidad que no posee la sola fuerza del orgasmo. La confesión es ésta: yo creía que era impotente o que tenía rastros de un puritanismo muy explicable para quien conozca a mi mamá. Sospecho que perdí la virginidad a la fuerza. En el vecindario vivía Stella —¿te acuerdas de Stella?— y Stella te hacía ver estrellas cuando se lo chupaba a uno. Las mamadas de Stella fueron la experiencia sexual más intensa que tuve hasta conocer a Raquel. Cuando, borrachitos adolescentes íbamos donde las putas, a mí me daba trabajo que se me parara y cuando, aún con todas sus habilidades profesionales, la puta de turno no lo lograba, mi paga era por su silencio. Cuando conseguía el repetido milagro de la erección hasta la eyaculación, todo lo que me quedaba después de una

especie de descarga eléctrica era un hastío infinito, una soledad infinita, unas infinitas —inexplicables— infantiles ganas de llorar. Ahora, por fin el amor. (pág. 13).

Pero si Luis y Raquel encuentran el amor y por años gozan de la felicidad que éste trae, para Esteban es diferente: los encuentros y las caricias de Martha, Carlota y todas sus demás amantes casadas no le dejan más que soledad y el recuerdo de unos encuentros fortuitos y vacíos:

...amanecí en un hotel con una pájara triste que llegó conmigo de una fiesta multitudinaria. La borrachera fue salvaje y ninguno de los dos tenía coña para espantarla. En medio de la vorágine alcohólica se me acercó a decirme que estaba muy sola y que me deseaba. La arrastré a un hotel, pero allí nos dimos cuenta de que no podríamos hacer el amor en el estado en que estábamos y lo aplazamos hasta por la mañana. La mujercita amaneció llorona y culpable y todo el cuento fue un fiasco. Apresuré ese deber erótico tan ambivalente; ella quería, pero parte de su cuento consistía en hacerse la difícil, para lo cual tenía que fingir que no deseaba hacer el amor. Yo no quería, pero la situación convertía mi indiferencia en una ofensa y esto me obligaba a mostrarme solícito y seductor, como si de veras la deseara. Terminamos en un coito apresurado y sin gracia, de esos en que tan pronto acabas no quieres ver más a la dama y lo único que deseas es despedirte ya (págs. 118-119).

Vale la pena anotar que mientras encontramos este mundo de dichas y conflictos amorosos nos recreamos con los diferentes espacios geográficos donde se encuentran los personajes y se suceden los hechos. Todos van y vienen de Medellín a Bogotá y viceversa, y de Medellín a Cali, y este espacio se extiende a las ciudades de New York y Miami. Los elementos que entran en juego corresponden a una fuerte transposición de elementos de la realidad que se han llevado a la novela. Muchas veces tenemos que recordar, a lo largo de la lectura, que los personajes, los hechos y las situaciones son una creación del escritor que con genio y cariño ha logrado infundirles vida y los ha hecho reales, a imagen y semejanza de mucha gente que podemos conocer. Podríamos decir que la novela es una cosmovisión del hombre que resultó de los cambios de los años sesenta y que también es una recuperación literaria, con inmenso sentido de lo nacional y con una intensidad de los personajes que le permite al lector penetrar en ellos y vivir sus vidas imaginativamente. Con la experiencia invaluable que el escritor tiene de la sociedad de Medellín y de la vida en Bogotá nos da una lección suprema de probidad intelectual, el suyo es un ejercicio de modestia y lucidez. Persigue la expresión justa, el vocablo

preciso con admirable paciencia. Es como si Darío Jaramillo nos llevara de la mano a través de su narrativa, que surge en un momento histórico en el que los valores políticos, sociales, morales, económicos y culturales del país han cambiado por el concepto de la "avaricia" (palabras del escritor); nosotros añadimos el concepto del poder. Un poder que quizás ha enriquecido y elevado al pueblo colombiano a la crisis en que hoy se encuentra.

Raquel es hija de don Rafael Humberto Uribe, más conocido en los círculos sociales como "Rafauribe", representante de esa sociedad antioqueña que, sin tener las facilidades para hacerlo, vive bajo la apariencia de ser rica; vive en el Poblado, frecuenta el Club Unión y el Club Campestre, tiene finca en Rionegro y se ufana de su apellido. Luis y Cecilia, por el contrario, pertenecen a una clase media en la que la madre es la encargada del hogar; es una mujer de principios morales bien fundados, vive sencillamente y ayuda a la educación de sus hijos con la industria de las tortas que prepara en casa y vende por encargo. Esteban la visita con frecuencia para gozar de los suculentos almuerzos que prepara y que siempre están acompañados de una buena dosis de charla amena, en la que el principal sujeto de conversación es su hijo Luis. Esteban, el escritor ha dejado a este personaje sin apellido, es el representante de una clase burguesa que disfruta el dinero que su padre ha conseguido con el comercio en un pueblo de Antioquia:

Mi padre es un comerciante rico de un pueblo de Antioquia que se viene a Medellín en 1930. De sus cuatro hijos, los tres que él crió trabajan en sus negocios, ninguno ha fundado nada, a ninguno de mis tres hermanos se les ha ocurrido nada original en la vida. Mientras tanto él, a sus setenta años continúa haciendo billetes en la aparente vagancia de sus paseos por el exterior. Sospecho que cada vez que viaja, saca montones de dólares (pág. 27).

Un lector no distraído se puede dar cuenta fácilmente de que estos personajes son un buen ejemplo de las estructuras sociales que forman la sociedad colombiana, hasta en los cambios ocasionados por el doloroso suceso del narcotráfico. Pertenecen a los diferentes estratos sociales: la madre con valores que se siente orgullosa de que su industria casera sea una forma de trabajo honesta; Rafauribe, que ha aprendido a vivir de las apariencias; y Esteban, prototipo del burgués que disfruta el capital familiar y reconoce que ninguno ha fundado nada de valor para el país. Esta estructura social, aunque falsa en muchos aspectos, se mantuvo hasta que un grupo encontró que se beneficiaría de manera directa o indirecta de las ganancias derivadas del negocio ilícito del narcotráfico, lo que cambió las convenciones

éticas, la estructura y el funcionamiento social del país. Vale la pena citar lo que Luis Carlos Restrepo opina en la relación a este fenómeno social: "La economía de la droga hay que entenderla a la luz de las fases de acumulación del capital".

Deseo de acumular riquezas es lo que hace cambiar el pensamiento y la conducta de Luis en la novela. Aquella pareja que tanto disfrutó el amor tendrá que terminar separándose por culpa del narcotráfico. Los valores cambian para Luis y todos los personajes a su alrededor quedan involucrados dentro del mismo círculo; la carta que Raquel escribe a Juana el 30 de noviembre de 1983 nos da a conocer esos cambios que se viven tan fuertemente dentro de nuestra cultura. Refiriéndose a su cuñado Maximiliano, Raquel nos dice: "Maximiliano representa todo lo que nosotros no queríamos ser, todas la taras de nuestra sociedad, el uso personal del poder y el ánimo de lucro de los políticos" (pág. 53); en la misma carta observa que el tema de las charlas entre los amigos ha cambiado también:

Habíamos de que se estaba exportando marihuana de la costa Atlántica a Estados Unidos. Barcos repletos de hierba. Estaban contó historias. Choferes o campesinos millonarios de la noche a la mañana. Gente "bien" engordando su fortuna con cultivos de la famosa Santa Marta Golden, la mejor marihuana del mundo (pág. 54).

"Como nos cambia el tiempo", dice Raquel al dar una mirada a su pasado y darse cuenta de que la felicidad ha quedado atrás, que aquel Luis a quien tanto amó y admiró ya no existe más. Luis, abandonó el ideal de ser un buen profesor de literatura, lo cambió por el de llenarse los bolsillos de dólares, de manera fácil, ésa es su nueva prioridad. ¡Tantos esfuerzos por completar su doctorado en Nueva York!... al regresar a Colombia y vincularse a la vida académica su sueño realizado ya no le interesa más, no le llena, sino que, por el contrario, como profesor no siente más que frustraciones; así se lo comunica a Esteban en la carta que le envía el 5 de marzo de 1980:

De repente, aparece como una evidencia patética el hecho de que soy un profesor de una materia que no representa ningún placer para los estudiantes. Mientras yo disfruto a cabalidad de mis poetas, los alumnos de literatura creen que están cumpliendo un deber sin goces ni placeres. Rígidamente personajes que pagan el requisito de unas materias para conseguir un grado. Individuos, la mayoría, que saldrán a enseñar una cosa —¡la poesía!— que ni aman ni disfrutan. Se supone que los niveles de mis cursos son altos, que trato con gente sensible. Pero lo que yo me

encuentro es un grupo de seres cuadrículados, empeñados en cumplir con unas materias ojalá con el menor esfuerzo posible. En los trabajos escasean las ideas originales. Los alumnos copian conceptos de otros, argumentos de autoridad y ninguno arriesga nada, ninguno explora y, por lo tanto, nadie descubre nada y todo el montaje está diseñado para repetir. De manera que quien tenga algún impulso lo perdiera con la fuerza gravitacional de esa manera viscosa de rutinas (pág. 377).

Esa pasión de Luis por ser excelente profesor, por convertir su cátedra de literatura en un laboratorio que despierte la curiosidad investigativa de los estudiantes, poco a poco va muriendo; las horas de oficina lo aburren, no tiene paciencia con los reclamos estudiantiles, encuentra que las reuniones de profesores son aburridas y que las reformas universitarias nunca se llevarán a cabo porque en esta labor perpetua los profesores no se pondrán de acuerdo. En el fondo sucede que el ideal de Luis de ser un buen académico es sólo un espejismo; es tan mediocre como aquellos a quienes tanto critica. No ha adquirido una verdadera formación para llegar a ser el líder que ayude a educar a los jóvenes que en un futuro tomarán la dirección del país.

Luis decide que es más fácil dedicarse a los negocios ilícitos del narcotráfico entre Colombia y E.U., cambia los anhelos de ser un Rubén Darío por todos los lujos que con el dinero puede adquirir. Apartamentos en Bogotá y Medellín que regala a su familia; aunque ni la madre ni Raquel se sienten complacidas con estos obsequios, de manera pasiva entran a hacerse partícipes de esta nueva familia del narcotráfico. Como bien lo dice el padre de Esteban: "esto está en crisis. Aquí hay una decadencia". No nos queda más que aceptar que en esta obra de ficción, Darío Jaramillo nos ha dejado esa realidad dolorosa de aceptar: que el narcotráfico es un problema de todos los colombianos, de los que participan activamente y de aquellos que como Raquel se encuentran de modo inesperado afectados por lo que el escritor describe como el fenómeno de la "avaricia", que, como hemos dicho anteriormente, pensamos es un fenómeno del "poder". Al terminar de leer esta novela no nos queda más que inseguridad, en el sentido de que no sabemos hacia dónde señala el futuro, no sabemos a dónde va el país. Ésa es la angustia, quizá, que Darío Jaramillo nos quiere dejar en las últimas líneas de esa carta que Raquel le envía a Juana el 30 de noviembre de 1983: "Cierro los ojos en busca de ser, tras un olvido que no me robe tiempo, sin saber que será de mí. Allá voy, Raquel".